

# Viernes Santo

---

- **Is 52, 13-53, 12.** Él fue traspasado por nuestras rebeliones.
- **Sal 30. R.** Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.
- **Heb 4, 14-16; 5, 7-9.** Aprendió a obedecer; y se convirtió, para todos los que lo obedecen, en autor de salvación.
- **Jn 18, 1-19, 42.** Pasión de nuestro Señor Jesucristo.

## 1. ¿Qué dice la Palabra?

El Viernes Santo ponemos la mirada en la Cruz gloriosa de Cristo. En ella el Señor ha sido elevado, ensalzado, glorificado. La gloria del Hijo es haber cumplido la misión encomendada por el Padre.

Hoy la Iglesia no celebra la misa, sino que adora la Cruz, de la que por ella nace la eucaristía, y la vida nueva que nos salva del pecado de la muerte. No se adora a la cruz como una simple madera, es para los cristianos el árbol de la vida, que nos redime y renueva.

La lectura de este día nos introduce en el largo camino de Jesús a la cruz, el camino a la aceptación de su “hora”. San Juan muestra sus dolores, sus padecimientos, sus preocupaciones. Él experimenta la soledad, la angustia y hasta la sed. En este camino particular de Jesús a la cruz, nos acerca a nuestra propia realidad de dolor y sufrimiento, de caída y elevación, de cansancio y de sed.

Contemplamos la cruz en un silencio que lleva en sí mismo el peso del dolor del hombre rechazado, oprimido y aplastado, el peso del pecado que envenena el alma. Es el silencio del viernes que espera el clamor del domingo, es el día del fracaso que espera la victoria, es el día de la muerte que espera la vida, es el día de la noche que espera ver la gran Luz.

## 2. ¿Qué nos dice Dios en la Palabra?

La imagen de Jesús en la cruz es la máxima expresión del amor de Dios a sus hijos, un amor que es capaz de darlo todo, incluso a su tesoro más preciado, el hijo único de Dios. La cruz es la gran pedagoga del amor, que no es otra cosa que entrega y donación hasta el límite. También es la entrega del hijo al Padre, “en tus manos encomiendo mí espíritu”, porque todo estaba cumplido.

Junto a la Cruz de Jesús estaba su Madre María, que desde ese momento es Madre nuestra, en aquellas palabras que le dijo al discípulo amado: «ahí tienes a tu Madre».

Esta es la última invitación de Jesús, a ser como el discípulo a quien Jesús amaba, que lo acompañó hasta el último momento, y preparó un lugar en su casa para recibir a María, madre de Jesús y madre nuestra.

### 3. ¿Qué le decimos a Dios?

Ante ti, oh cruz, aprendo lo que el mundo me esconde: que la vida, sin sacrificio, no tiene valor y que la sabiduría, sin tu ciencia, es incompleta.

Eres, oh cruz, un libro en el que siempre se encuentra una sólida respuesta.

Eres fortaleza que invita a seguir adelante a sacar pecho ante situaciones inciertas y a ofrecer, el hombro y el rostro, por una humanidad mendiga y necesitada de amor.

Ahí te vemos, oh Cristo, abierto en tu costado y derramando, hasta el último instante, sangre de tu sangre hasta la última gota para que nunca a este mundo que vivimos nos falte una transfusión de tu gracia un hálito de tu ternura de tu presencia una palabra que nos incite a levantar nuestra cabeza hacia lo alto.

En ti, oh cruz, contemplamos la humildad en extremo la obediencia y el silencio confiado la fortaleza y la paciencia del Siervo doliente la comprensión de Aquel que es incomprendido el perdón de Aquel que es ajusticiado.

En ti, oh cruz, el misterio es iluminado aunque, en ti, Jesús siga siendo un misterio.

### 4. La voz del Papa

Ángelus 14/09/2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

[...] Alguna persona no cristiana podría preguntarnos: ¿por qué «exaltar» la cruz? Podemos responder que no exaltamos una cruz cualquiera, o todas las cruces: exaltamos la cruz de Jesús, porque en ella se reveló al máximo el amor de Dios por la humanidad. Es lo que nos recuerda el evangelio de Juan en la liturgia de hoy: «Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Unigénito» (3, 16). El Padre «dio» al Hijo para salvarnos, y esto implicó la muerte de Jesús, y la muerte en la cruz. ¿Por qué? ¿Por qué fue necesaria la cruz? A causa de la gravedad del mal que nos esclavizaba. La cruz de Jesús expresa ambas cosas: toda la fuerza negativa del mal y toda la omnipotencia mansa de la misericordia de Dios. La cruz parece determinar el fracaso de Jesús, pero en realidad manifiesta su victoria. En el Calvario, quienes se burlaban de Él, le decían: «si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz» (cf. Mt 27, 40). Pero era verdadero lo contrario: precisamente porque era el Hijo de Dios estaba allí, en la cruz, fiel hasta el final al designio del amor del Padre. Y precisamente por eso Dios «exaltó» a Jesús (Flp 2, 9), confiriéndole una realeza universal.

Y cuando dirigimos la mirada a la cruz donde Jesús estuvo clavado, contemplamos el signo del amor, del amor infinito de Dios por cada uno de nosotros y la raíz de nuestra salvación. De esa cruz brota la misericordia del Padre, que abraza al mundo entero. Por medio de la cruz de Cristo ha sido vencido el maligno, ha sido derrotada la muerte, se nos ha dado la vida, devuelto la esperanza. La cruz de Jesús es nuestra única esperanza verdadera. Por eso la Iglesia «exalta» la Santa Cruz y también por eso nosotros, los cristianos, bendecimos con el signo de la cruz. En otras palabras, no exaltamos las cruces, sino la cruz gloriosa de Jesús, signo del amor inmenso de Dios, signo de nuestra salvación y camino hacia la Resurrección. Y esta es nuestra esperanza.

Mientras contemplamos y celebramos la Santa Cruz, pensamos con conmoción en tantos hermanos y hermanas nuestros que son perseguidos y asesinados a causa de su fidelidad a Cristo. Esto sucede especialmente allí donde la libertad religiosa aún no está garantizada o plenamente realizada. Pero también sucede en países y ambientes que en principio protegen la libertad y los derechos humanos, pero donde concretamente los creyentes, y especialmente los cristianos, encuentran obstáculos y discriminación. Por eso hoy los recordamos y rezamos de modo particular por ellos.

En el Calvario, al pie de la cruz, estaba la Virgen María (cf. Jn 19, 25-27). Es la Virgen de los Dolores, a la que mañana celebraremos en la liturgia. A ella encomiendo el presente y el futuro de la Iglesia, para que todos sepamos siempre descubrir y acoger el mensaje de amor y de salvación de la cruz de Jesús. Le encomiendo, en particular, a las parejas de esposos a quienes tuve la alegría de unir en matrimonio esta mañana, en la basílica de San Pedro.